

UNA NUEVA MANERA DE RESCATAR LOS TEXTOS JEROGLÍFICOS MAYAS

*Maricela Ayala Falcón**

En 1968 el doctor Rubén Bonifaz Nuño, entonces Coordinador de Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México, incorporó a dicha institución la Comisión para el Estudio de la Escritura Maya. A partir de ese momento cambió su nombre por el de Seminario para el Estudio de la Escritura Maya, el cual conservó hasta 1970 cuando el mismo doctor Bonifaz propuso la fusión de ese Seminario con el de Cultura Maya, que dirigía el doctor Alberto Ruz Lhuillier, y se creó el Centro de Estudios Mayas.

Posteriormente, 4 de octubre de 1973, el Consejo Universitario aprobó la creación de dos nuevos Institutos, el de Investigaciones Antropológicas y el de Investigaciones Filológicas, dentro del cual quedó integrado el Centro de Estudios Mayas.

Como epigrafista de dicho Centro, y ante los avances que se estaban logrando en el desciframiento de la escritura jeroglífica maya, me percaté de que para poder seguir mi labor era primordial el contar con la mayor cantidad de reproducciones, en foto o dibujo, de los monumentos mayas con contenido jeroglífico o "glífico".¹ En 1985, con la ayuda de Alfonso Arellano, entonces estudiante de la carrera de Historia en la UNAM, inicié la recopilación de esos documentos, y así fue como nació el Acervo Documental de Jeroglíficos Mayas (*a*) la Glifoteca.

En julio de 1987 me fui a Austin, Texas, para estudiar el doctorado; al terminar mis estudios la doctora Linda Schele me pidió que fotocopiara

* Centro de Estudios Mayas, Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ La palabra 'jeroglífico' se aplicó a cierto tipo de escrituras, como la egipcia, por sus características formales. Glifo significa 'surco', y dado que parte de estos textos están grabados sobre material duro: piedra, madera, tablillas de barro o arcilla, se quedó este nombre para la escritura maya, aunque en ella, como en la egipcia y otras, también existen textos pintados, ya sea en libros, cerámica o paredes.

todas las inscripciones que ella tenía. Con ese material regresé a México, y la Glifoteca incrementó su acervo. En esa época confiaba en los dibujos de mis colegas.

Al poder impartir en 1990, por primera vez en la UNAM, el curso de epigrafía, nuevos alumnos solicitaron realizar su servicio social conmigo, y ellos han sido quienes me han ayudado en esta labor.

En 1999, ante la crisis por la cual entonces atravesaba la Universidad, me vi precisada a impartir el seminario de epigrafía en mi propia casa, y ahí estudiábamos los códices mayas. Dado que las bibliotecas estaban cerradas, enfrentamos la imposibilidad de que se utilizaran los ejemplares de los códices que están en los acervos, y yo no podía prestar a cada uno una copia. Fue entonces cuando los alumnos —qué haría la UNAM sin ellos— tuvieron la idea de *escanear* los códices y ponerlos en un CD-ROM. De esa forma todos tendrían acceso al material objeto de estudio.

Ese mismo año, la doctora Mercedes de la Garza, entonces directora del Museo Nacional de Antropología, me solicitó que escribiera las cédulas de los monumentos mayas con inscripciones que iba a albergar la nueva Sala Maya del Museo. Invité a dos alumnos a colaborar conmigo, Rafael Velázquez y Lorena Campa.

Cuando regresamos a la Sala Maya, ésta se encontraba totalmente a oscuras y nos fue imposible ver algo de las inscripciones. Pero, nuevamente, el genio de los mexicanos entró a funcionar y se les ocurrió que las videograbáramos. Y ahí comenzó una nueva aventura.

Posteriormente, al comparar los dibujos de los monumentos y lo que nosotros habíamos grabado, nos dimos cuenta de que los dibujos no siempre correspondían a lo que decía el monumento. Eso me pareció terrible. Los investigadores de las escrituras saben que en el estudio de los textos, especialmente los sagrados, la lectura errónea de una letra puede cambiar la interpretación del texto.

En noviembre de 2000 fui con mi grupo a Palenque a videografiar los textos jeroglíficos; en el proceso cometimos muchos errores, pero, a inicios de 2003, cuando el Museo de Antropología me solicitó las nuevas lecturas de los monumentos mayas para la reapertura de dicha sala, Rafael había pensado en una nueva técnica para recuperar las imágenes sin problemas de deformación en los textos. Fue así como logramos rescatar, para la posteridad, el Tablero de la Cruz y la lápida del sarcófago de BAAK (Palenque), las estelas 51 y 17 de CHAAN (Calakmul), varios de POO-che (Toniná), y los que ahí se encuentran de Yaxchilán. Ahora sí

podemos estar seguros de qué es lo que dicen los textos. Este material se está incorporando al de la Glifoteca, y de ahí surgió la idea de recuperar, con las nuevas técnicas electrónicas, las fotografías publicadas de todos los documentos que contengan glifos: vasijas, estelas, tronos, dinteles, altares, objetos de adorno, etcétera.

Actualmente la Glifoteca cuenta con 3000 inscripciones, aproximadamente, de 110 sitios. Existe una base de datos, idea de Emilia Raggi, que incluye: el nombre del sitio, la lista de los monumentos con que contamos, la referencia bibliográfica y el nombre del autor del dibujo (cuando es posible). A esta información se ha ido agregando la relativa a los propios textos: fechas, nombres de los gobernantes y eventos asociados. En esta labor participó Magdalena Almaraz, y las encargadas actuales de proseguir dicha labor son dos alumnas de la carrera de Historia: Argelia Segovia y Vanessa Lozano.

La Glifoteca está abierta al público en general, y de alguna manera ya se conoce en el extranjero, pues a ella han acudido para fotocopiar los monumentos alumnos procedentes de universidades europeas. El único requisito para su consulta es que al usar dicha información se cite que el material procede de la Glifoteca del Centro de Estudios Mayas de la Universidad Nacional Autónoma de México.